

# Hacia la Posthistoria

## *Towards Posthystory*

---

**PATRICIO RIVERA OLGUÍN**

Universidad Arturo Prat

patriv@unap.cl

orcid.org/0000-0001-7309-9847

**MARIO FABREGAT PEREDO**

Universidad de La Frontera

fabregatp@hotmail.com

orcid.org/0000-0002-2369-2869

**Resumen:** El presente artículo escenifica a la disciplina histórica enfrentada a un problema crucial: el de los propios hechos que analiza y el porqué analizarlos. Lo anterior, debido a que la realidad ha llevado a desestructurar la concepción del tiempo, como se entendía tradicionalmente. En este sentido, la linealidad y la coherencia de los hechos históricos se desconfiguró en medio de una sociedad que “memoriza el olvido” y tiene al tiempo presente en función del futuro, por tanto, el pasado se devalúa permanentemente. La realidad humana está llena de hechos, pero hoy estos tienden más bien a consumirse que a vivirse, generando un permanente olvido. Entonces, existe una inserción dentro de un contexto en el que la realidad se desvincula permanentemente de las ideologías, que eran la expresión de un tiempo de estructuras sólidas y estables. A base de ello, varios autores plantean el concepto de una modernidad líquida, inestable, donde la vida se desfondó y se desarrolló una “huelga de acontecimientos”, por lo que el tiempo marcado por la ideología – como se vivió gran parte del siglo XX – ha dado paso al imperialismo de lo administrativo y al mundo de la implementación técnica, lo que lleva a estructurar una historia que no necesita ser pensada, sino que implementada y gestionada a base de los resultados, a base de la ideología del mercado.

**Palabras clave:** Modernidad, espectáculo, sociedad, ideología, olvido, memoria.

**Abstract:** This article is a portrayal of the historical discipline facing a crucial problem, regarding the facts that it analyzes and the reason for its analysis. This is due to the fact that the reality has led to a deconstruction of the concept of time, as traditionally understood. In this sense, the linearity and consistency of historical facts, vanished in the midst of a society that “stores oblivion” and has the present time as a function of the future. Therefore, the past is permanently devalued. Human reality is full of facts, but nowadays they tend to be consumed rather than living, creating a permanent oblivion. Then, there exist an insertion within a context in which reality is permanently disassociated from ideologies, which were the expression of a time of strong and stable structures. On this basis, many authors propose the concept of liquid modernity, unstable, where life staved in and developed a “strike of events” so that the time marked by ideology, as experienced in the XX century - has given way to the imperialism of the administrative and to the world of technical implementation, leading to structure a story that needs not to be thought, but implemented and managed based on the results, based on the ideology of the market.

**Keywords:** Modernity, oblivion, spectacle, society, ideology, memory.

### 1. Introducción

El registro de las discusiones de la historia responde a un cuestionamiento de fines del siglo XX (Appleby, 2006), y en ello conviene señalar que ante el debate de los

discursos de la verdad de la Historia (Aguirre Rojas, 2004), se debe explorar en otros constructos que en la postulación de paradigmas de pensamiento emerjan desde la revisión y aún la transgresión (Pérez Soto: 1998). Respecto de ello que esta responde a un punto en que se desprenden las cápsulas de las ideologías y, aun, desafían las verdades del relato de la historia y con eso se puede establecer un desfonde de los planteamientos ante la realidad cada vez más cambiante por las dinámicas de la modernidad y sus ajustes que llevan a una cantidad de descripciones que son rápidas y en la que el mercado las hace ofertas de pensamiento, llevando a una postidea continua en que los siglos de autorías acerca del tiempo se escriben y leen con rapidez, más aún intencionada en la cultura dominante (Fontana, 1998), respecto de ello que un relato de posicionamiento es el que conduce una postura de una historia que se hace vorágine de sí misma, debido a que el tiempo es eso.

## 2. El ingreso al circuito

Cuando Marshall McLuhan, la década de 1960, definió o masificó el término aldea global, apenas entendíamos lo revolucionario de esta constatación. ¿Quién podía entender que en una sociedad occidental súper industrializada y con muchos desarrollos tecnológicos, al mismo tiempo estuviéramos retrocediendo al nivel tribal y primitivo de una aldea? Con todo lo que eso significaba, desde los cambios en las formas de producción hasta los cambios en las formas de percepción, lo que McLuhan quería señalar era que nuestras formas de entender, nuestros órganos de percepción, estaban siendo transformados inevitablemente. Ya no escuchamos el mundo, sino que lo vemos, ya no entendemos ideológicamente por medio de grandes relatos, las ideologías serán rápidamente superadas por una nueva manera de comprender el tiempo y el espacio. Por tanto, dejaremos de funcionar solo analíticamente para empezar a comprender –por medio del influjo de la imagen– de manera sintética, es decir, pensamiento y acción actuarán al unísono y no por separado, no como se entendía una ideología. Este sería el tiempo de una nueva indumentaria, de nuevos artículos ortopédicos (tecnológicos) que ayudarían a percibir de una manera infinitamente más intensa que la biológica.

Por ejemplo, el televisor sería la prolongación del ojo, la rueda y los vehículos de alta velocidad una prolongación del pie, la ropa una prolongación de la piel, y finalmente, los *mass-media* una prolongación del sistema nervioso central (McLuhan, 1967). La tecnología, entonces, habrá cambiado nuestros usos, nuestras vidas, pero también nuestras almas y el espíritu de todo un tiempo histórico.

Actualmente los hipermodernos (Barahona, 2005) individuos del siglo XX y XXI vuelven a vivir míticamente, inmersos en un tiempo absoluto, donde todos estamos relacionados con todos, donde nadie puede estar al margen de los demás ni de la sociedad, donde ya nadie puede “volver a su casa y estar solo”. No podemos elegir, no podemos querer estar desconectados, la tecnología y las relaciones de producción determinan

ciertas relaciones sociales que hacen casi inevitable la desvinculación social<sup>1</sup>. Pero, a diferencia de antes, este vínculo ya no es social, es técnico.

### **2.1. Una nueva Historia**

La globalización ha hecho de las personas seres que deben adaptarse más que a una nueva Historia, a una nueva civilización, a una nueva biología (nuestro cuerpo y nuestro espíritu se enferman y padecen nuevas dolencias, para todo esto hay nuevos tratamientos y nuevos fármacos). Es una redefinición de lo humano, porque en definitiva la modernidad, el progreso y la globalización habían extendido el horizonte hasta el infinito, pero la posmodernidad lo redujo al instante<sup>2</sup>.

Algunos ejemplos en los cambios perceptivos son los siguientes, a saber: usamos metáforas visuales y espaciales en muchísimas expresiones cotidianas. Decimos un tiempo atrás cuando queremos decir un tiempo antes, días cercanos cuando queremos decir recientes. Incluso tenemos prejuicios visuales que nos hacen llamar a las personas más sabias, visionarias o videntes. Enseñamos a nuestros hijos a no creer nada de lo que escuchan, pero al menos, la mitad de lo que ven (McLuhan, *op. cit.*, sin número de página)<sup>3</sup>.

En este contexto, el quiebre epistemológico del marxismo, la caída de las sociedades del socialismo real, los cambios en el mapa político de Europa, la profecía del fin de la historia (Fukuyama) y la llamada “huelga de acontecimientos” planteada por Baudrillard, cobran cierto sentido. Nos podemos hacer cargo del llamado fin de la Historia como un fin de ciclo, como el término de una dialéctica de enfrentamiento ideológico y el triunfo del neoliberalismo.

La globalización, como proceso de intensificación de la transferencia de capitales, de la mundialización de la forma de mercancía y de su lógica, evidentemente que alcanzó ribetes extensos y profundos, alterando y cambiando los patrones sociales y culturales de la sociedad moderna. Es claro que la Historia en sí no llegó a su fin, pero también es claro que un tipo de Historia llegó a su fin, un tipo de modernidad, o, al menos, la modernidad como fue entendida en sus albores. Las ideas de Nación, Estado, Patria, Ciudadano, Libertad, cambiaron radicalmente. El mercado irrumpió fuertemente y cruzó transversalmente la sociedad actual. La antigua unidad del mundo y de la realidad, ese anclaje comprensivo básico, cayó al suelo y se hizo mil pedazos. Ya no hay unidad, no hay centro, los restos de la realidad vagan de un lado para otro, como *icebergs* que flotan dispersos sobre el mar, a veces chocan, otras se juntan, luego vuelven

---

<sup>1</sup> “...ya no hay un lugar para cada cosa... usted ya no puede irse a casa”. Marshall McLuhan, *El medio es el masaje*, sin número de página.

<sup>2</sup> Cfr. J.J. Brunner (1998). *Globalización cultural y posmodernidad*, F.C.E.

<sup>3</sup> McLuhan, *op. cit.*, sin número de página.

a separarse, pero jamás volverán a ser un solo bloque, ya no es posible que la unidad se recomponga como antes. Por lo que pretender un mundo unido y vinculado como lo vivimos la primera parte del siglo XX es pretender resucitar a los muertos. La unidad orgánica que antes entendíamos ya no va más<sup>4</sup>.

A partir de lo anterior, se entiende el mundo con categorías de pensamiento que incluso –desde el paradigma tradicional– puede ser considerado un no pensar, un alejarse de las formas racionales, un distanciamiento y lo contrario de lo que entendíamos por razonamiento crítico. Actualmente se plantea que no queremos pensar nada<sup>5</sup>, ni acerca de nada, pero lo real, es que es difícil separarse y sustraerse del pensamiento, por tanto, lo más probable es que se estime pensar de otro modo, prescindiendo de las ideologías tradicionales, lo que no quiere decir prescindir de la ideología, porque siempre habrá alguna actuando entre nosotros. Entonces, juzgar las actuales categorías de pensamiento a partir del paradigma moderno tradicional, es decir, ideológico, nos conducirá a decir que el mundo de hoy dejó de pensar, lo que constituye una falacia.

Entonces, cuando la sociedad occidental ingresó a la modernidad, este ingreso fue catastrófico y violento, fue el estallido de lo humano, fue la secularización de la Historia y de las relaciones sociales. Si bien es cierto que Dios siguió existiendo para el hombre, ahora tendrá un lugar determinado, específico, no copará todo el espacio vital de este, fuera del ámbito divino, la humanidad tendrá que construirse un camino que dependerá de ella, ante lo que surge una nueva dimensión temporal, el futuro, que aparece como la capacidad de proyección, de esperanza en la razón. A esta nueva Historia el ser humano ingresará solo, sin protección, quedará a la intemperie, arrojado a su suerte, suerte que tendrá que construirse, no hay una mano sacra que se encargue de acogernos, estando Dios para otras cosas, para la Historia está el hombre con él mismo. Basado en esto, el plan divino se ha secularizado, y la promesa estará dada por el progreso infinito, lineal y racional. La promesa se la hace el hombre a sí mismo, la responsabilidad del individuo es la de ser constructor de su propio tiempo<sup>6</sup> y estará obligado a ser activo, rápido, eficiente y eficaz, pero también deberá buscar la plenitud, la integración y la felicidad. Es por ello que la modernidad fue la consagración del Estado, de la Nación, la Soberanía, la Industria, pero también de la Libertad. Y, a medida que los individuos iban construyendo la sociedad (al menos teóricamente) se iban perfeccionando los mecanismos de control (Estado) de participación (Libertad) y de consumo (Industrialización), como resultado de esta matriz, se había adquirido una nueva jerarquía y un nuevo orden que el siglo XX va a rematar con el surgimiento de las ideologías transformadoras y radicales

<sup>4</sup> Cfr. Alain Touraine (1992). *Crítica de la modernidad*, F.C.E.

<sup>5</sup> Cfr. Hernán Dinamarca (2004). *Epitafio a la Modernidad. Desafío para una crítica postmoderna*. Editorial Universidad Bolivariana. y Guy Bajoit (2003). *Todo cambia. Análisis sociológico del cambio social y cultural de las sociedades contemporáneas*. Ediciones Lom.

<sup>6</sup> “El sujeto es la voluntad de un individuo de obrar y de ser reconocido como actor”. Touraine, *op. cit.*, p. 207.

en sus principios y la masificación de la sociedad debía ser la garantía que impidiera que los individuos estuvieran al margen de la construcción del mundo.

La promesa de una sociedad sin clases, sin necesidad del Estado represor y coágulo del poder, el fin de la explotación y la solución a las contradicciones de la sociedad, se desmoronó abruptamente cuando el ideal bolchevique fue derrotado por Joseph Stalin y su stalinismo (Vuskovic, 1991), y el socialismo real llegó a su fin. Una ideología quedaba colgando al borde del precipicio. Finalmente, muerte, sepelio y entierro de una vez: un quiebre epistemológico emergía como realidad incuestionable. Se estaba ante el Fin de la dialéctica, jolgorio de los vencedores, aceptación de la derrota, e incluso humillación de los vencidos. Pero cuando todo iba en una dirección, ¡isropresa!, el capitalismo ideológico perdía su fuerza, el neoliberalismo se tomaba la pantalla y el escenario: solo quedaba de esta ideología el discurso de la maximización de las ganancias y la transferencia de capitales, por lo que la “otra” ideología, la vencedora, había muerto, quedaba una expresión, una manifestación de ella, pero nada de lo que ella había sido en lo social, en lo político, en lo cultural con nuevos escenarios, incluso nuevos miedos (Duby, 1995) y otra vez una nueva forma de fe, la incredulidad<sup>7</sup>.

### 3. La idea de crisis en nuestro tiempo

Actualmente, pretender señalar que la sociedad vive una crisis terminal o, en el mejor de los casos, una crisis como nunca antes se había vivido en la Historia, es desconocer que Occidente en su construcción ha vivido en permanentes crisis y que estas no significan algo negativo *per se*. Las crisis son parte de los acontecimientos y posibilidades propios de la historia<sup>8</sup>. El mundo antiguo vivió su crisis de identidad y su derrumbe cultural y político, la llamada Edad Media vivió el ataque frontal de una nueva racionalidad que vino a cuestionar las bases culturales y jerárquicas de todo el Occidente cristiano y el universo humano, pues el surgimiento del pensamiento moderno generó una fractura en la forma de mirar el mundo y de organizarlo. A la sociedad disciplinaria le siguió la sociedad del control<sup>9</sup>. Además, O. Spengler escribía la Decadencia de Occidente a principios del siglo XX, por otro parte, Hannah Arendt planteó la profunda crisis de nuestro tiempo cuya máxima expresión fue la aparición del nazismo<sup>10</sup>, y hoy se habla de una profunda crisis en los valores, en la persona, en la familia, en la

<sup>7</sup> Cfr. Lucien Febvre (1993). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*. Akal.

<sup>8</sup> Oswald Spengler (1935). *La Decadencia de Occidente*. Editorial Osiris.

<sup>9</sup> Cfr. Michel Foucault (1991). *Enfermedad mental y personalidad*. Paidós.

<sup>10</sup> “...la crisis de nuestro tiempo y su experiencia central han producido una forma enteramente nueva de gobierno, que como potencialidad y como peligro siempre presente, es muy probable que permanezca con nosotros a partir de ahora, de la misma manera que otras formas de gobierno –monarquía, república, tiranía, dictadura, despotismo– que surgieron en diferentes momentos históricos y se basan en experiencias fundamentalmente diferentes, han

sociedad toda. Sin negar las dificultades de cada tiempo, lo que permanece a lo largo de la Historia es el cambio, que resurge con la larga duración<sup>11</sup> de Fernand Braudel (2006) hace que lo que perdure y permanezca sea el cambio, y este cambio comporta periódicas crisis. Es por eso que no debemos mirar lo que ocurre en la actualidad como algo nunca visto y extraordinario. Hoy, muchas veces quisiéramos poder hacer, ayudados por algo o alguien que nos asegurara el éxito, que una fuerza del más allá colaborase atenuando nuestras incertidumbres. En este aspecto, Goethe describe lo anterior en una carta enviada un amigo: “¡Cómo desearía a mi lado a un genio, que, siempre, incluso en las circunstancias más insignificantes de mi vida, me dijera así: Mira, ¡aquí precisamente está la semilla del futuro!, ¡de la perfección!, ¡del cielo!”<sup>12</sup>.

Entonces, se propone la siguiente hipótesis respecto de la situación actual: la modernidad corresponde a una forma de pensar el mundo a partir de ciertos valores, entre los que el individuo venía a representar la función que los llevaría a la práctica. Esta práctica debía llevarse a cabo en una sociedad libre, que permitiera el desarrollo de todas las potencialidades de este individuo, esto quería decir que el orden social debía ser gestionado por varias instituciones de poder (entre otras el Estado) cuya legitimidad estaba aportada por los individuos. La soberanía, es decir, el poder, debía emanar del pueblo, de este principio se desprendía la idea y la práctica de que el individuo era el centro de la sociedad, hacia él apuntaban todos los objetivos finales. Por tanto, el valor de la persona en su autonomía, el resguardo de sus derechos, el principio de igualdad social, eran los valores supremos que la modernidad había fundado y difundido, al menos en teoría.

Pero la modernidad también tenía otro aspecto, la modernización, el desarrollo técnico y material. Este aspecto de desarrollo netamente material se convirtió con el tiempo en la gran panacea para la solución de los problemas históricos de la humanidad, a saber: satisfacción de necesidades materiales e inmateriales. La justicia social apuntaba a la distribución equitativa de los bienes producidos, pero también de las oportunidades, por tanto, el acceso de la población a la salud, la educación, el trabajo, debía estar asegurado, surgiendo el concepto del Estado de Bienestar. Este objetivo absolutamente humanitario fue dando paso a la lógica de la producción a gran escala, diversificando los mercados, tecnologizando la vida y llevando a los individuos a niveles de consumo jamás vistos, desde este fenómeno, se comenzó a construir la tesis de que la modernidad quedaba atrás y era devorada y consumida por una de sus expresiones, la modernización. El habernos quedado con la idea de que el materialismo sería la

---

permanecido con la Humanidad al margen de sus derrotas temporales”. Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo, Volumen 3. Totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 615.

<sup>11</sup> David Aceituno Silva y Ricardo Iglesias Segura (2019). “El retorno de la Larga Duración: reflexiones desde Latinoamérica a partir del History Manifesto Cambridge”. *Revista Historiografías* 17, 4-26.

<sup>12</sup> En Bohler, Eugen (1967) *El futuro, problema del hombre moderno*, Alianza Editorial, p. 99.

principal fuente de felicidad y desarrollo humano es lo que explica, en parte, que hayan surgido las principales críticas al mundo de hoy. Actualmente, adjetivos como corrupción de los valores, deshumanización, pérdida de la espiritualidad, han venido a copar la agenda conceptual del siglo XXI.

En el mundo académico historiadores y filósofos han señalado que la sociedad actual ha perdido la memoria<sup>13</sup>, o que no quiere recordar porque el pasado es inservible y que solo las novedades nos dan sentido y son útiles para la vida. Es tal el valor de lo nuevo, que se cae en su trampa arrolladora, que termina destruyendo la novedad por esperarla con ansiedad devoradora. Pero entramos en este futuro de una manera violenta, demasiado rápida, no lo dejamos ser. Es como entrar al revés, caminando hacia atrás, como avanzar mirando por un espejo retrovisor. Es un presente ausente, un futuro inexistente, donde solo nos queda la sensación vertiginosa de los cambios permanentes y como resultado, surge una especie de desesperación, nos deslizamos sobre una superficie de vidrio, muy resbalosa, no nos podemos detener, avanzamos y avanzamos sin parar, y en ese deslizarnos y desplazarnos perdemos el rumbo, nos desorientamos, nos da vértigo y finalmente sucumbimos al malestar inevitable.

#### 4. Historia e Historiografía

Desde una perspectiva académica, el estudio del tiempo histórico se enmarca, obviamente, dentro de la Historia como disciplina, cultivada y desarrollada por los historiadores profesionales. Sin embargo, y por la dinámica del tiempo actual, muchas preguntas y respuestas que abordan el sentir humano de un determinado tiempo están siendo hechas por especialistas de otras disciplinas, sean sociólogos, antropólogos, filósofos, artistas de diversa índole, literatos, etc. Incluso personas “comunes y corrientes” y lejanas al mundo llamado “humanista”, aparecen, muchas veces, más cerca de la disciplina histórica. No es un fenómeno que afecte solamente a este tipo de disciplina, más bien es una característica que ha transversalizado al mundo del saber. Es un fenómeno interesante y que de alguna manera invita, con más libertad, a preguntarse por la Historia de la humanidad y por el presente, porque también es importante hablar desde la ignorancia, no entendida como el desinterés, sino que todo lo contrario, desde la ignorancia constructiva e interesada en saber. De esta manera, se habla más libremente y se nos permite apreciar aciertos y equivocaciones sin tanta rigidez y con menos prejuicios.

Las personas siempre hablan, desde alguna parte, en primer lugar desde la conciencia, y, luego, desde el cuerpo, que es nuestro territorio, con formas, redes de sentido, autopercepciones, límites. Todo ello, que es nuestro cuerpo más la experiencia

---

<sup>13</sup> “En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en que viven”. Hobsbawm, E. (1999). *Historia del siglo XX*. Crítica. p. 13.



(vivencia), genera un “monólogo interior” producto de este diálogo cuerpo-experiencia. Entonces, hablamos desde una cultura, desde un lenguaje, desde una geografía, desde un paisaje, desde una generación, desde una condición social, todo esto viene a enriquecer el acercamiento a la realidad.

La actual concepción del tiempo se inaugura en el siglo XVI con el despuntar de la modernidad, un tiempo que tiene que ver con la linealidad y el avance, con la extrema contingencia, con la irreversibilidad, con la apertura de una posibilidad llamada “futuro”. El futuro es la puerta dimensional que se abre al sujeto moderno (Appleby, Hunt y Jacob, 2006) por donde tendrá que pasar como sentido de su temporalidad, creándose para ordenarnos, una secuencia lógica: pasado-presente-futuro. El porvenir y la posibilidad han ingresado a nuestras vidas: nuestra responsabilidad es hacernos cargo de la construcción de un mundo, ya no hay nada dado, todo está en nuestras manos, a eso no podemos escapar. El futuro y la libertad han generado en el sujeto la idea de “posibilidad”, de “poder”, y el costo es el “riesgo”, el tener que vérselas con uno mismo; es la libertad positiva, la “libertad para”. Es la tragedia de lo humano (en el sentido positivo del término), la catástrofe de las posibilidades y el abandono de la seguridad del tiempo anterior, el tiempo medieval, un tiempo protegido por la eternidad. Esta secuencia temporal, representa la explosión de lo humano, donde el *cogito ergo sum* significa yo estoy perdido, yo estoy solo, que es asumido con un desafiante yo puedo. Pero este cambio de mentalidad tuvo un proceso de parto lento y doloroso, con la incertidumbre como la sombra que acompañaba el proceso. Aun en el siglo XVI, el siglo en que comenzó a cambiar el “tiempo”, se seguía inmerso en el océano del cristianismo, que bañaba todos los ámbitos de la vida. Así lo plantea Lucien Febvre (1993), el tiempo cotidiano acontecía de acuerdo con el sonar de las campanas de las iglesias más próximas y el anuncio de los oficios religiosos. El calendario no se regía por los números ni los nombres de los días, eran los Santos y sus vidas las que poblaban las vidas de los demás, así, por ejemplo, más que el 13 de noviembre, ese era el día de San Martín, casi no existen relojes y la medida también la daban los signos de la naturaleza: plantas, animales, pero jamás la hora exacta. Menos exacta era, todavía, la edad de las personas. En aquella época, existía un tiempo vivido y otro medido, el primero era el fundamental. De ahí que lo histórico se confundía con lo mítico, porque en el mundo de lo sobrenatural, todo era posible y cuando se asomaban a una nueva realidad y descubrían nuevos mundos, no tenían cómo describirlos, su lenguaje se había quedado atrás, porque estaba hecho para un mundo estático, no estaba preparado para los descubrimientos. Por eso es que Febvre señala que existían las palabras acordeón, que al estirarlas significaban varias cosas, confundiendo el pensamiento a la hora de razonar y expresarse: no hay lenguaje exacto, los tiempos verbales son estáticos, necesitan explicarlo todo con muchos detalles, es que tienen tiempo, mucho tiempo. Era un lenguaje florido que decía poco para los nuevos tiempos, impotencia del logos, no están seguros que el Hombre sea capaz de construir su mundo, sienten que la Historia está hecha por fuerzas naturales o divinas.



El movimiento humano es absolutamente limitado. La Historia es vista como una sucesión de ciclos azarosos, con desarrollo y decadencia de todas las cosas, no hay progreso lineal.

Ahora bien, los historiadores no pueden pretender ser los únicos capaces de suspenderse en el tiempo y en el espacio para evitar sumergirse en la “decadente sociedad actual”. No pueden pretender ser los únicos individuos conscientes en una sociedad supuestamente alienada. Marshall Berman (1998) lo explica de la siguiente manera:

Muchos pensadores del siglo XX han visto las cosas de esta manera: esas masas pululantes que nos apretujan en las calles y en el Estado, no tienen una sensibilidad, una espiritualidad o una dignidad como la nuestra ¿no es absurdo entonces que estos “hombres masa” (u “hombres vacíos”) tengan no solo el derecho de gobernarse, sino también, a través de sus mayorías masivas, el poder de gobernar-nos?... Lo más sorprendente, y lo más inquietante, es la forma en que prosperó esta perspectiva entre algunos de los demócratas participativos de la reciente Nueva Izquierda..., a finales de los años sesenta, cuando el “hombre unidimensional” de Herbert Marcuse se convirtió en el paradigma dominante del pensamiento crítico. De acuerdo con este paradigma, tanto Marx como Freud están obsoletos: no solo las luchas sociales y de clase, sino también los conflictos y contradicciones psicológicos han sido abolidos por el estado de “administración total”. Las masas no tienen “yo”, ni “ello”, sus almas están vacías de tensión interior o dinamismo: sus ideas, necesidades y hasta sus sueños “no son suyos”; su vida interior está “totalmente administrada”, programada para producir exactamente aquellos deseos que el sistema social puede satisfacer, y nada más (1998, p. 16).

Debemos hacer el intento por mantener viva la memoria histórica sin caer en la enfermedad del historicismo, que todo tenga historia no quiere decir que todo deba ser Historia. Por ejemplo, si asumimos el presente pensando en lo que quedará para la Historia estaremos devaluando la realidad, disminuyendo las posibilidades de construcción histórica en el hoy, haciendo del presente un simple espacio temporal que vale en función de un “ya fue”. Así, se devalúa el presente y devaluamos la historia, porque no tendremos nada realmente digno (humano) que estudiar o “contar”.

Si entendemos que la Historia es el estudio de los hombres en el tiempo (Bloch, 1987), esto quiere decir que la Historia “...quiere aprehender a los hombres. Quien no lo logre no pasará jamás, en el mejor de los casos, de ser un obrero manual de la erudición. Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa” (Bloch, 1987, p. 25). Si el historiador necesita de las fuentes y de los datos es siempre para ver tras ellos lo humano. Avanzar con la disciplina de la Historia no es contradictorio con el desarrollo de la pasión, la búsqueda de las emociones, la constatación de las contradicciones, etc. La emoción es lo que pervive bajo las estructuras serias y aparentemente inamovibles. Evitar enredarse en la disciplina nos acercará siempre a lo humano. Muchas veces el sentido se pierde cuando lo espontáneo se secuencia y se data en un orden irreal. El

orden no es propio de la historia, el orden es artificio del laboratorio de la disciplina. La carne de la historia aparece con la carcajada, la espuma salivosa, el olor del desamparo y la tragedia, el sudor que corre por el rostro, el llanto que se escucha desde cualquier rincón del planeta. Ahí radica la vida humana, la historia. La materia del sentimiento es lo importante, el estado de ánimo, la disposición, la voluntad. Tratar de mantener el espíritu de un tiempo es la obligación de la disciplina histórica, para no caer en lo que señalaba el historiador Alfredo Jocelyn-Holt, en un artículo de prensa: los pliegues de la existencia, que pueden ser infinitos, artificialmente son aplanados, conectados por un señor (historiador) que se transforma en el amo de la vida de otros (2002).

A la vez se le ha dado un énfasis al sentido militar de la historia, convirtiéndola en una mera efeméride, en un conjunto de acontecimientos cronológicos con sentido cero, o sentido neutro, que es lo mismo, muchas veces se desvía el pasado para hacer calzar los hechos con lo que se cree en un tiempo. Hacer calzar es desviar para conectar con un sentido actual, debe calzar, esa es la premisa. No es el intento de ver cómo y por qué fue. La premisa es la siguiente: como fue así y porque fue así, así debe ser<sup>14</sup>.

Asimismo, en algunas oportunidades la lucidez alcanzada por la conciencia mediante la ciencia histórica, produce un efecto devastador, pues allí en donde hubo fe, heroísmo y pasión, el hombre ahora ve fanatismos, fantasmas o disfraces. Los dioses serían ridículos, los héroes payasos, algo así como un infantilismo que habría que superar (Rojas, 1999).

Lo que nos queda por hacer en la sociedad globalizada de hoy es lo de siempre: comprender. Eso de que “la historia juzgará” no es para nosotros; debemos ensayar comprender, lo que no significa evitar la perspectiva y la singularidad, siempre hablaremos desde alguna parte, desde algún rincón, no podemos soslayar aquello, no podemos sustraernos a nuestra condición humana en el análisis, pues así como no estuvimos en el pasado, tampoco podemos estar en todos los lugares a la vez, por tanto, tampoco podemos tener una visión panóptica (total). Por lo que, desde los límites de la razón y desde las limitaciones de nuestra ciencia podemos hacer mucho. Por de pronto, acercarnos a la comprensión de lo limitado, de lo singular, de lo imperfecto, de lo irreproducible y ensayemos comprender nuestro tiempo, nuestra historia, no nos quedemos con lo espectacular ni con lo fenomenal.

---

<sup>14</sup> Michel Foucault respecto del orden en la historia y la lucha contra la discontinuidad señala lo siguiente: “...: la noción de discontinuidad ocupa un lugar mayor en las disciplinas históricas. Para la historia en su forma clásica, lo discontinuo era a la vez lo dado y lo impensable: lo que se ofrecía bajo la especie de los acontecimientos dispersos, y lo que debía ser, por análisis, rodeado, reducido, borrado, para que apareciera la continuidad de los acontecimientos. La discontinuidad era ese estigma del desparramamiento temporal que el historiador tenía la misión de suprimir de la historia, y que ahora ha llegado a ser uno de los elementos fundamentales del análisis histórico”. *La arqueología del saber*, Siglo Veintiuno Editores, 1970, p. 13.

Además, cuando se hace Historia comparada, artificialmente recortamos un tiempo y una cultura para ligarla a otra. Es el peor pecado: ser anacrónico. Buscar equivalentes es adentrarse en el error, porque se percibe a partir de un solo paradigma de conocimiento a las diversas culturas. Michel de Certeau (1993) tiene mucha razón al señalar que nada hará borrar la particularidad del lugar desde donde se habla. Toda investigación se articula desde un lugar social, una escritura, una práctica científica, un lugar de producción socioeconómica, cultural, política, por eso es que en toda investigación se formulan solo las preguntas posibles y con ello se determinan y limitan las respuestas. Y cuando el historiador investiga y escribe, se ve obligado a ordenar y hacer artificial un tiempo y un sentir. Lo modifica y lo ordena para entenderlo, lo secuencia, lo agrupa, pero también lo destruye de alguna manera, el costo de conocer es destruir.

El historiador tiene al Tiempo como materia de análisis y “civiliza la naturaleza”: el pasado no es un dato, sino un producto. Con ello crea un tiempo que entiende, pero que es ficticio. El verdadero acontecer temporal está lleno fallas, pliegues, deformaciones, interrupciones, que la mano del historiador se encarga de estirar. De esta manera, reduce las interrupciones de la vida y las simplifica para su comprensión, por tanto, las acorta y las reduce. El historiador recompone un pasado y suple la sensación de “ausencia” que permite seguir construyendo presente y tener la posibilidad de futuro. Con esa “ausencia” (pasado desconocido) se produce una falla en la linealidad. Evitándola, se supera.

Además, la historiografía positivista tiene como objetivo científico explicar “cómo realmente ocurrieron las cosas”: tarea imposible, pues operamos a base de referencias y una red de convenciones, esquemas y estereotipos. Von Ranke, por ejemplo, señalaba que la historiografía debía ser un “resumidero de datos”, puros documentos, pues allí radicaba la verdad. La escuela francesa de los *Annales* critica esta postura y se va por el lado del análisis de estructuras. Michell Foucault, en su obra *Arqueología del saber*, critica esta tendencia señalando que los historiadores pretenden buscar las estructuras, las continuidades y los equilibrios que hay bajo el acontecer lleno de peripecias. Lo verdadero son esas interrupciones, incoherencias, desviaciones, etc. Todo el orden que se quería construir estaba inspirado en la aversión hacia el “desparramo” de la realidad. También señala que hay que “desantropologizar” la historia, esa irritante tendencia moderna, pues de esa manera es como se buscó darle tranquilidad al ser humano, para que no se le escapara el tiempo.

En síntesis, habría que exorcizar al ídolo de los orígenes, como dice Marc Bloch, que considera que todo tiempo pasado fue mejor, que nos empuja a “... ese otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar” (1990, p. 29). Por eso es que ordenar el conocimiento histórico no debe significar destruir el pasado. Tenemos una gran prueba que superar y es la tentación de querer unir a la fuerza las partes dispersas de la modernidad, una modernidad que ha quedado rota y menos sólida que lo que alguna vez fue. Lo que planteábamos al comienzo tenía que ver con estas partes que

desprendidas de su centro, divagan de manera autónoma, desconectadas unas de otras: economía, cultura, sociedad, individuo, Estado, ideología. Ahora forman parte de un todo que ya no está junto, que comenzó a circular de una manera distinta.

Finalmente hay que señalar que “comprender” está muy lejos de tener “certeza”. El historiador merodea un tiempo, se asoma, intenta, a veces de manera infructuosa, de llegar hasta sus cimientos; como la historia es irrepetible e irreproducible, jamás tendremos absoluta certeza de lo que fue, ni de lo que vendrá, no hay nada hecho, no existe la inmanencia, todo está por hacerse.

“¿Se comprende *Hamlet*? No la duda, sino la certidumbre, es la que vuelve loco...” (Nietzsche, 1991, p. 37).

## 5. La descomposición de la historia tradicional

El diagnóstico que se hace del tiempo en que vivimos señala un mundo en que la realidad se nos presenta por medio de la reproducción infinita de los sucesos, situación que altera el tiempo y su sentido, lo que lleva a la degeneración del aura de los acontecimientos que por naturaleza son irrepetibles. Nos acostumbramos a la repetición visual, técnica y mediática de la realidad, de esa manera el misterio desaparece de la historia pasada y también de la que vendrá. Todo está fichado y clasificado o desclasificado. Hay una especie de ordenamiento obsesivo de la realidad que impide la creación crítica, el cuestionamiento verdadero o que a esta se le tome en cuenta.

Actualmente hemos entrado aparentemente en una larga duración histórica que convierte la realidad en su opuesto, es decir, en una oscuridad, en una inexistencia. Los sucesos ocurren a tal velocidad que no se notan, no quedan en los imaginarios colectivos y la imagen del mundo pareciera acercarse a un *imago mundo nula*. La realidad, el presente, y por tanto la futura historia, se han reducido a un hecho técnico, a una presentación y reproducción visual. La deshumanización de los hechos se origina en su acumulación informática. El periodismo lo ha invadido todo; lo que entendíamos por grandes obras históricas han quedado en el olvido, la gran Historia y el gran historiador son ahora el buen informador que apoya sus dichos –que no son suyos– con imágenes que impactan pero que no perduran, lo que se hace para que luego vengan otras. Así se cimienta la historia del olvido. A modo de reacción, surge el historicismo, que desesperado busca asir el presente en sus mil expresiones con el objetivo de hacerlo perdurar en la memoria, comienza a darle significación histórica a todo lo que ocurre en el presente, pero, paradójicamente, consigue el objetivo inverso: termina devaluando la historia ¿De qué manera? Quitándole valor al presente, pues es visto solo como posibilidad de recuerdo, como lo que será póstumamente y no como lo que es hoy. Finalmente se consuma esta operación cuando este hoy desvirtuado en su apreciación y desnaturalizado en su sentido, se transforma en una historia apartada de la construcción cultural; presente fallido, historia devaluada, podríamos concluir.

Es posible que este cambio en la estructura mental y temporal de Occidente presente una nueva historia, una nueva larga duración. Este cambio se expresa, aparte de lo ya señalado, en que no nos basta con la realidad, no nos basta con la historia, ahora queremos verla, no sentirla, no entenderla, solo verla. Por eso que soñar se ha convertido en algo tan difícil, estamos sedientos de hiperrealismo. No nos bastan, tampoco, las ideologías, son demasiado inseguras y nada nos garantiza que el esfuerzo invertido en entenderlas sea compensado por sus resultados. Ni siquiera el capitalismo triunfante es ideología, aunque sigue siendo político, pero es una tecnología política, una tecnología de poder. Si la política se ha transformado en una tecnología, significa que los ciudadanos constructores de su sociedad deben operar con cánones distintos a los tradicionales. De ahí que en el corazón del mundo político se note la ausencia de ellos y se empiece a hablar de “operadores políticos”.

La ausencia en la vida de las ideologías se produjo, entre otras cosas, por la desvinculación de ellas con la realidad. No estamos en condiciones de pensar una idea, por el contrario, hay que ocupar el tiempo en desarrollar lo que aparece eficiente. Tampoco es posible pensar un mundo distinto, pues se ha desvinculado pensamiento y acción para reducirnos a la acción a secas, con la única condición que la acción sea eficaz. La desvinculación, por ejemplo, del gran relato marxista se produjo por su inoperancia y su desplome. Era, en cierta forma, el desplome de la idea científica de la sociedad, era el retorno al mensaje kantiano de los límites de la razón. Su contraparte, el liberalismo capitalista, que desbordaba por el mundo su arrogancia triunfadora, cavó su propia tumba al relegar su discurso político y su cosmovisión a un lugar distante, para hacer surgir como prueba de su triunfo el desarrollo industrial y la maximización de las utilidades por sobre la libertad de las personas. La prueba de su triunfo se transformó en sustancia política y en discurso ideológico, pero sobre todo, en discurso tecnológico.

Algunos intelectuales, pese a este panorama, señalan que no asistimos a la muerte de los metarrelatos porque el neoliberalismo sigue siendo uno, y efectivamente es así, pero no es el relato que la modernidad instituyó como ideológico. La ideología encerraba muchas creaciones vivas que nacían de las distintas sensibilidades e intereses de la sociedad industrial y de clases. Había una relación de dependencia cualitativa entre las ideas concebidas con la implementación y los resultados de estas. La promesa del liberalismo económico radicaba en la progresión lineal de la riqueza. Hoy, la implementación tecnológica conduce los procesos sociales, conduce el capitalismo, por tanto, hay implementación técnica, que en buenas cuentas, es una nueva forma de política.

Si alguna vez Spengler (1998) habló de la decadencia de Occidente no era para plantear la muerte de la ideología, sino que para representar la idea de la crisis en la historia, de la que nacería una nueva. Era la lógica del ciclo de la historia, del ciclo de las sociedades que al igual que la naturaleza se debía cumplir para mantenerse. Ahora ya no hablamos de crisis –al menos en el sentido que todos entendíamos– porque ya no queda espacio para ella. La crisis llevaba siempre implícita la idea de la reversibilidad. Ahora la

tecnología nos abre un camino que se dice irreversible, eminentemente nuevo y distinto. Ya no hay actores sociales, hay digitadores, una especie de asepsia del pensamiento que endiosa la implementación.

El espectáculo que significaba estar en la historia tenía que ver con que las personas se subían al escenario y producían la obra. Ahora la ven, nada más, por lo que su comprensión se dificulta, por no decir que se hace imposible.

La Antigüedad había sido una civilización del espectáculo. “Hacer accesible a una multitud de hombres la inspección de un pequeño número de objetos”: a este problema respondía la arquitectura de los templos, de los teatros y de los circos. Con el espectáculo predominaban la vida pública, la intensidad de las fiestas, la proximidad sensual. La edad moderna plantea el problema inverso: “Procurar a un pequeño número, o incluso a uno solo la visión instantánea de una gran multitud (...) Nuestra sociedad no es la del espectáculo, sino de la vigilancia (...) No estamos ni sobre las gradas ni sobre la escena (...)” (Foucault, 1976, pp. 219-220).

La promesa secular de la Ilustración se convirtió en una ilusión. La razón crítica parece desvanecer ante la razón tecnológica, los productos sobre las personas, el consumo sobre las ideas, la materia sobre el espíritu. Es la “Cultura de mostrador, de la demostración, de la monstruosidad productiva” (Baudrillard, 2005, p. 39). Pero si durante la modernidad se construyó la idea de individuo, si se erigió en fuerza liberadora, todo esto se entendía en la lógica de la construcción de las ideas, de la realidad y de la sociedad a partir de un principio de continuidad, del espíritu abierto a la crítica, al cuestionamiento y al ejercicio democrático de la tolerancia. Sin embargo, la modernidad encerraba otro aspecto que tenía que ver con los procesos modernizadores, de carácter exclusivamente material, que han terminado por imponerse.

También la modernidad consagró un Estado centralizado que poseía el monopolio de la fuerza, la que era legitimada por los gobernados. Con el paso del tiempo y las inevitables luchas de poder político y económico, la legitimidad fue quedando como recuerdo. El control de la sociedad se hizo secular y la promesa de libertad se ocultó bajo las prácticas represivas. En la actualidad, aparentemente los dispositivos de poder se han humanizado. La verdad es que se han perfeccionado y refinado haciéndose con ello mucho más eficaces. La llamada “ortopedia moral” ya no proviene del temor al infierno, sino de las prácticas médicas: psiquiatría, farmacología, etc.<sup>15</sup>

## 6. Conclusión

Entonces en el mundo de la simulación estamos condenados a vivir en el mundo de la indigencia. De esta manera la historia se nos vacía, aunque estemos repletos de acontecimientos y hechos, pero todo sucede sin que nosotros hagamos. Incluso agradecemos

---

<sup>15</sup> Cfr., Foucault, *op. cit.*

el repliegue del espacio histórico porque muchas veces sentimos que a cambio se nos ha entregado la salvación, parcelas de felicidad, confort, espectáculo sin esfuerzo, simplicidad en la diversión, afecto sin contacto. En palabras de Baudrillard: “Lo que quiero no es amarte, quererte, ni siquiera gustarte: es seducirte –lo que no significa que me ames o me gustes, sino que seas seducido–” (Baudrillard, *op. cit.*, p. 84).

Pese al malestar que recorre nuestras vidas, aparentemente se refuerza nuestra aprobación a la condición actual. La misma historia se encargó de demostrarnos que como la habíamos concebido estábamos errados, por tanto, lo único que queda es el cambio, el paso adelante, la rectificación. La idea es que nunca más la historia “muera” en nuestros brazos. Nadie necesitó liquidarla, murió producto de sus insalvables contradicciones. Ante esto, no hay sensación de derrota, por el contrario, las luces del triunfo iluminan nuestro entorno, mientras, seguimos sumidos en un mutismo que predomina. Lo que más fuerte se oye, a veces es el silencio. No hay cambios estructurales, nos conformamos con el maquillaje, pero nos acostumbramos a él. Frente a los colores de los productos, frente a las luces de los mercados, la sociedad palidece, pero no importa, pues lo que palidece es lo menos importante: hemos invertido los valores.

Le ofrecen (los *mass media*) tanto, el color, el relieve, el sexo en alta fidelidad, con los graves y los agudos que usted no tiene nada que añadir, es decir, que dar a cambio. Represión absoluta: dándole un poco de más, le suprimen todo (Baudrillard, *op. cit.*, p. 34).

Nadie sabe hacia dónde apunta la flecha de la historia ¿Quién iba a imaginar que el socialismo de viejo cuño europeo, renacería filtrado por la realidad latinoamericana? ¿Quién se iba atrever a reponer un socialismo que en la URSS había fracasado y que en la actualidad tiene a una Federación Rusa reducida a la superficie que tenía el siglo XVII? En medio de todo esto, el gigante chino aparece compitiendo codo a codo con el capitalismo más desarrollado, aunque China se sigue llamando comunista ¿Capitalismo de Estado? Podría ser, pero no al estilo soviético. En China la cortina de hierro se ha levantado para los inversionistas extranjeros. Si en esta República Comunista una parte de la economía se ha privatizado, no es difícil comprender que en Occidente, con mayor razón, las funciones que antes eran propias del Estado –y que constituían la base de su poder monopólico en áreas estratégicas– pasen ahora a manos privadas. Por de pronto, una de las tareas más sensibles como la seguridad nacional, se ha convertido en un negocio extremadamente rentable. Cámaras de vigilancia, circuitos cerrados, guardias, fabricación de armamentos y máquinas de guerra.

Si la seguridad interna ya no es un monopolio del Estado, la defensa nacional, es decir, la seguridad externa, tampoco. La invasión de Estados Unidos a Irak y la posterior captura y ejecución de Saddam Hussein, que permitió el control del país, también se hizo y se sigue haciendo con empresas privadas que contratan a mercenarios, los que colaboran con los soldados del ejército regular. Cada bomba lanzada representa la



muerte para unos y el triunfo del encargado de ventas de la fábrica de armas, para otros. Hace rato que la industria de la guerra se legitimó en el mercado. Una hamburguesa y una bomba, como productos, no presentan diferencias cualitativas.

Al final del siglo (XX) un gran número de ciudadanos abandonó la preocupación por la política, dejando los asuntos de Estado en manos de los miembros de la clase política, que se leían los discursos y los editoriales los unos a los otros: un grupo de interés particular compuesto por políticos profesionales, periodistas, cuyas actividades ocupaban el último lugar de fiabilidad en las encuestas sociológicas (...) Para la mayoría de la gente resultaba más fácil experimentar un sentido de identificación colectiva con su país a través de los deportes, sus equipos nacionales y otros símbolos no políticos, que a través de las instituciones del Estado (Hobsbawm, 1999 p. 573).

Mientras, la sociedad moderna sigue combatiendo sus miedos, sus incertidumbres, pero ahora, estos miedos han ingresado en una red que los ha explotado y también exorcizado. Es el cine y las series de televisión que los han convertido en entretenimiento, ayudándonos a olvidar las posibles tragedias; ataques terroristas y estrellas de cine deslumbran nuestros sentidos, una combinación casi perfecta entre miedo, *glamour* y moda se dispara sobre nuestros asientos de espectadores.

Las masas solo han sido seducidas en la época moderna por dos grandes acontecimientos consecutivos: la luz blanca de las estrellas y la luz negra del terrorismo. Los dos fenómenos tienen muchas cosas en común..., fascinan por lo repentino de su aparición y la inminencia de su desaparición... Las grandes seductoras o las grandes *stars* nunca brillan por su talento o por su inteligencia, brillan por su ausencia (Baudrillard, 2005, p. 573).

## Referencias

- Aguirre Rojas, C. (2004). *La historiografía en el siglo XX*. Ediciones de Intervención cultural.
- Arendt, H. (1990). *Los orígenes del totalitarismo*. (Vol. 3). Totalitarismo, Alianza Editorial.
- Appleby, J., Hunt, L. y Jacob, M. (2006). *La verdad sobre la historia*. Editorial Andrés Bello.
- Barahona, M. (2005). *Puntos de fuga: el fin de una historia y la transición a la hipermodernidad*. Ediciones LOM.
- Baudrillard, J. (2005). *De la seducción*, Cátedra, décima edición.
- Berman, M. (1998). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. (10º ed.). Siglo XXI Editores.
- Bloch, M. (1987). *Introducción a la Historia*. F.C.E.
- Bohler, E. (1967). *El futuro, problema del hombre moderno*, Alianza Editorial.

- Braudel, F. (2006). *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. FCE. México.
- Brunner, José J. (1998). *Globalización cultural y posmodernidad*. F.C.E. México.
- De Certeau, M. (1993). *La Escritura de la Historia*. Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia.
- Dinamarca, H. (2004). *Epitafio a la Modernidad. Desafío para una crítica postmoderna*. Ediciones Universidad Bolivariana.
- Duby, G. (1995). *Año Mil, Año Dos Mil. La Huella de Nuestros Miedos*. Editorial Andrés Bello.
- Febvre, L. (1993). *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*. Akal.
- Fontana, J. (1998). *La Historia de los Hombres*. Editorial Crítica.
- Foucault, M. (1991). *Enfermedad mental y personalidad*. Paidós.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*, Siglo XXI Editores,
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores.
- Hobsbawn, E. (1995). *Historia del Siglo XX. 1914-1991*. Ed. Crítica.
- Jocelyn-Holt, A. (13 de octubre de 2002). Un delicado arte. *La Tercera*.
- McLuhan, M. (1967). *El medio es el masaje*. Bantam Books.
- Nietzsche, F. (1991). *Ecce Homo*. Siglo Veinte.
- Spengler, O. (1998). *La decadencia de Occidente*. Espasa-Calpe.
- Pérez Soto, C. (1998). *Sobre un concepto histórico de ciencia*. LOM Ediciones, Santiago, Chile.
- Rojas, S. (1999). *Materiales para una historia de la subjetividad*. La Blanca Montaña.
- Touraine, A. (1993). *Crítica de la Modernidad*, FCE.
- Vuskovic R., S. (1991). *Del Stanilismo a la Perestroika*. Ediciones ChileAmérica-CESOC. Impreso por LOM Ediciones.



Copyright © 2022. Patricio Rivera Olguin y Mario Fabregat Peredo. Esta obra está protegida por una licencia [Creative Commons 4.0. International \(CC BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Usted es libre para Compartir —copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato— y Adaptar el documento —remezclar, transformar y crear a partir del material— para cualquier propósito, incluso para fines comerciales, siempre que cumpla la condición de:

Atribución: Usted debe dar crédito a la obra original de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace de la obra.

[Resumen de licencia](#) - [Texto completo de la licencia](#)